

EDGAR WALLACE

HISTORIAS
DE
BULBORO



Este libro es una nueva faceta de Edgar Wallace, ya que no es una historia de misterio sino una novela real, y muestra a dónde podría llevarlo su versatilidad si lo deseara, porque *Historias de Bulboro* demuestra que es poseedor de todas las cualidades necesarias para ser un novelista realmente importante, frente al escritor de novelas policiales. Siempre se ha destacado por su habilidad para dibujar personajes vívidamente en unos pocos trazos, y aquí su toque es tan seguro como siempre, y la historia que cuenta es simpática, fiel a la vida y profundamente interesante.

HISTORIAS DE BULBORO

PROLOGO

“ **M**I QUERIDO Tony: He dirigido esta carta al muy honorable doctor Anthony Manton, El Congo, Misión Bolobo, aunque pienso que si eres algo parecido a tu querido padre, antes de que hiciera dinero y estuviese atormentado por el afán de encontrar trabajo, tu personalidad estará con seguridad disimulada bajo un sencillo señor Manton, e incluso considerarás como una buena suerte el que tus brillantes ensayos en el «Diario de las Enfermedades Tropicales» haya escapado a la atención de tus amables anfitriones.

Siempre he odiado decir a los jóvenes que sus trabajos son brillantes, porque una pequeña alabanza de un artífice como yo, tiene, por regla general, desastrosos efectos; pero, el orgullo familiar, y en no menor escala el convencimiento de que mis oportunidades de expresar estos puntos de vista no han de ser muchas, me inducen en este momento a pagar este tributo a tu reconocido «genio». No estoy completamente de acuerdo con tu monografía sobre Donovan-Leichmann; aquella hipótesis me parece muy alegremente establecida, pero tú estás sobre el terreno y puedes conocer mejor el asunto.

Mas no es para hablar sobre los escarabajos para lo que me he sentado a escribirte; se trata de algo más serio, pues creo que muy pronto estaré yo mismo en ese estado en que todas las cosas nos son súbitamente reveladas, o bien, por el contrario, nos sumergimos en la anulación to-

tal de todo sentido de percepción y entendimiento.

Figúrate que yo, un voluminoso y viejo caballero, de cara roja y pelo blanco – aunque te juro que mi venerable apariencia es a menudo gastado corazón–, ascendí un buen día las escaleras de lady Heron Wendall, la esposa del rector de Bulboro. (He escrito algo acerca de esta dama antes de ahora; en verdad, tú mismo conoces algo sobre las extrañas circunstancias que la llevaron a su matrimonio, hace dieciséis años. ¿No es cierto, a tu juicio, que el equivocado francés murió más bien pintorescamente? Pero no es éste el momento de remover el escándalo.)

La encontré en la cama, radiante en su delicada belleza, que siendo una belleza impar que sólo ciertos tipos de mujeres estilizadas poseen, me trae siempre a la memoria, al mismo tiempo, la historia de un proceso famoso. Yo he olvidado ahora, exactamente, los pormenores de todo aquello. Pero es el caso que cuando ella sólo pretendía hablarme de las últimas comidillas de la vecindad, yo me apercibí, sin lugar a dudas, de que lo único que, en realidad, teníamos que discutir, era el estado de su salud. Me incliné, al efecto, sobre la cama para consultar su pulso, cuando, súbitamente, hube de enderezarme de nuevo, pues oí y sentí dentro de mí algo que me interesó como doctor y al mismo tiempo me entristeció como individuo. Murmullos de la válvula mitral, claramente perceptibles sin necesidad de aus-

cultación estetoscópica, no me causaron, en verdad, ninguna alarma, porque, para serte sincero, había ya sospechado largo tiempo atrás la existencia de una dilatación aórtica.

Volví a mi clínica y procedí a practicar por mí mismo un ligero examen de la situación. Y puedes creerme, querido Tony; nada semejante han sido capaces de producir los creadores de instrumentos musicales que pudiese tener una lejana comparación con aquella música de mi región cardíaca.

Para estar completamente seguro subí hasta la ciudad y vi a Gregorley. Él quiso hablarme de sus abanicos —es un demonio de viejo, ya sabes, y, aparte su trabajo, colecciona toda clase de frivolidades y tonterías—. Pero yo corté rápidamente todo intento de discusión acerca de Greuze y Watteau, y le hice comenzar una minuciosa y honda investigación. La realizó a conciencia, se recreó en su cometido, y yo tuve esa agradable sensación de hallarme ante un verdadero bienhechor, de quien se recibe un bien inesperado, pues reconocí, gracias a él, que yo mismo era nada menos que un caso extraordinario.

Él me dijo, concretamente, que me quedan únicamente unas tres semanas de vida; añadió que su generoso consejo era el de que me enrollase tranquilamente en algodón hidrófilo, me acostase de manera cómoda y esperase mi disolución como un caballero. Desde luego, esto es absurdo. Si yo pensase que mi «partida» pudie-

se ocurrir en circunstancias inconvenientes, lo haría todo como él me sugiere; pero me he hecho ya el ánimo de morir en mi biblioteca, que es una habitación bonita, cómoda y agradable, donde cualquier mortal aficionado a los libros y a las pinturas se daría por muy satisfecho de poder verificar el «tránsito» supremo.

Y ahora, la parte más importante de mi carta se sigue a continuación. Tengo la mejor clientela de Inglaterra en esta ciudad, y me gustaría muchísimo que vinieras y te hicieras cargo de ella. Ya tienes bastante dinero –aparte de que te voy a dejar veinticuatro mil libras para que las añadas a tu cuenta corriente–; este sitio es un viejo y hermoso lugar, del período isabelino, y su conservación, así como sus jardines, han sido cosas de mi especial predilección. Quiero que revises mis papeles, rompas los que quieras y publiques los que te parezcan mejor, de manera anónima, pues creo que he reunido dos o tres detalles interesantes en relación con el Renacimiento.

Continuarás con mis pacientes, si es que sigues tratándolos mal por sistema y mantienes una actitud de brusquedad y escepticismo. Apártate de las iglesias –este lugar es una verdadera jauja de la cristiandad–, evita tomar partido de modo abierto, vota por los conservadores y serás feliz.

Encontrarás Bulboro tan lleno de microbios como la más pestilente charca del Congo. El microbio que con mayor fuerza

devasta esta región es el microbio de la intolerancia; y un odio genial hacia la persona que profesa una religión distinta a la nuestra es la característica de cada ciudadano.

Te hablo de las iglesias porque entre ellas se desliza por entero la vida de Bulboro. Ni uno solo entre sus cien mil habitantes tiene del «otro barrio» mayor idea de la que puede suponer el convencimiento de que allí hay de antemano para él un sitio mejor que el de su vecino.

Encontrarás a un Heron Wendall abúlico, pero inteligente. Es el rector, siempre muy atento a las necesidades morales y espirituales de todos, resumidas a la idea de imbuir a cada cual la seguridad de que su salvación eterna es cosa indeclinable; se trata de soldados de la cristiandad, expertos en sus «pasos de ganso», sus batallones, sus banderas y sus convencionales formaciones.

Childe pertenece a la gentuza y es un baptista, un santo y un mártir (estuvo en la cárcel de Bulboro por falta de pago en sus impuestos educacionales). En pocas palabras, un baptista aceitoso, lleno de «¡Dios le bendiga!», con un fervor completamente mecánico y una historia clínica de una dolencia gástrica. Lo tendrás en tus manos cualquier día.

Stope es el congregacionista –delgado, aniñado y con una pequeña joroba, declama de manera altisonante la conversación—. Hombre ambicioso, será el candidato liberal en la próxima elección. Es

agradable y profundo en cuestiones de investigación (no como Childe, que es destructor de las vacunas y los sueros, a más de vegetariano), pero un hombre peligroso.

Carter es papista, austero, tolerante como un jesuita y un caballero a todas luces. Si te considera como irremisiblemente condenado en el otro mundo, hará lo posible para hacerte agradables tus horas en este de aquí.

Y no quiero molestarte más... También tienes a Wastrum, que quema incienso, se persigna y es odiado por la gente de Kensit. Es de Oxford y muy entusiasta. Tiene una cadena de reloj, con medallones de bronce, que le cuelga del pecho y, al igual que Catalina con sus encantos, «va haciendo retintín» como una mula. Es sospechoso de haber tomado un voto de castidad, lo que ha enfurecido a la sección de los noconformistas, con sus «nurseries» y casas-cunas abarrotadas. (Painter hace todo mi trabajo de maternidad. Te gustará.)

Y ahora, querido muchacho, te digo adiós y te beso fuertemente en espíritu como te besaba cuando eras pequeño. Donde quiera que Dios se halle presente, mi recuerdo será contigo. Te esperaré al otro lado de la cortina lleno de ansia y curiosidad. A propósito, cuida de mi caballito, hijo de una yegua pura sangre. Tiene una buena alzada y es un notable ejemplar. Y acaso puedas sacar buen partido de él en las carreras. ¡Quién sabe!...

Y ahora, ¡*Am tag!*^[1], como dicen los oficiales alemanes. Tu tío y amigo, *Jabez Manton*.



Capítulo primero

TONY VUELVE A CASA

AUNQUE las guías turísticas aseguran que Bulboro queda sobre el Avel, es lo cierto que uno debe dejarse atrás Bulboro para alcanzar esta tranquila y agradable corriente de agua.

Es verdad que existe una grande y tranquila laguna donde pueden verse algunas barcas viejas, pero se trata de aguas quietas, muertas y rayadas con la brillante iridiscencia que denota elocuentemente la existencia de residuos oleaginosos.

Las orillas son firmes y están preparadas con obra de mampostería, notándose la presencia de los carcomidos andamiajes sobre los que se afanan y resoplan las viejas grúas asmáticas.

Existe también, en la parte baja de la ciudad, un corto puente de hierro, feo y mal cuidado, que cruza sobre una negra corriente, y es generalmente conocido bajo el nombre de Puente del Avel, aunque en realidad no es precisamente el Avel, sino un mediocre y muerto canal lo que cruza por debajo de su armadura.

Es necesario, en verdad, salir de Bulboro si queremos echar una ojeada a esa corriente, tal como los poetas la

describen y los pintores la retratan en sus lienzos. Lejos de las altas chimeneas de las fábricas de vidrio, y de los telares, y de la abrumadora obesidad de los monstruosos gasómetros pertenecientes a la Compañía de Gas y Combustibles de Bulboro; lejos de la estridencia y el trajín afanoso de los tranvías eléctricos, del melancólico ulular de las sirenas y del ininterrumpido siseo de la maquinaria de la Iron Work (fábrica-fundición), uno puede, al fin, encontrarse con el río, que se desliza tranquilo en su serena y natural belleza.

Bulboro es una especie de borrón en el fondo de una gran hondonada. Todos los detritus del valle del Avel han ido a parar a la ciudad. Al exterior existe un delicioso panorama de suaves brisas, de campos amarillos, de viejas granjas, de arruinadas construcciones casi ocultas por los pastos, que han invadido las sendas y caminos hasta el punto de no dejar, casi, espacio para posar con soltura la planta del pie. También hay posadas, de techos bajos y chimeneas amplias... En verano o en invierno el valle del Avel es una alegría y una bendición para las secas gentes de Bulboro. La fuerte y cegadora luz del sol, juntamente con las sombras de los ondulantes campos de trigo y cebada, han producido algo nuevo que no es, en realidad, ni luz ni sombra, y que se enseñorea, por derecho propio, de las cálidas calles de Bulboro. Las oleadas de nieve de blancura purísima son, por contra, en Bulboro, como un limo negruzco que mancha y ensucia la ciudad.

Pero Bulboro está realmente muy ocupado para sentir ninguna clase de preocupaciones estéticas ni meteorológicas. En Bulboro hace *frío* o hace *calor*, o hace frío o calor debidamente adjetivados, en cuyo caso solamente el adjetivo matiza las variaciones.

Hacía frío cuando Anthony Manton salió del edificio de la estación, con las solapas del abrigo levantadas hasta los ojos. El mozo ya le informó que «hacía frío». El cochero se detuvo un momento en la laboriosa operación de colocar

su equipaje para decirle lo mismo, y el chico de los periódicos, al alargarle desde el puesto de la estación el ejemplar pedido, en unión del cambio, le descubrió también, respetuosamente, «que hacía mucho frío».

Y, en realidad, el frío era más que bastante para este joven de cara morena y afilada. Él se estremeció ligeramente cuando una ráfaga helada se filtró a través de la entreabierta puerta de la oficina, y de manera instintiva tiró hacia arriba del cuello de su abrigo. Era alto y bien conformado. Accionaba con la libertad de un marino y tenía en sus ojos también un profundo azul de mar.

Iba correctamente afeitado, a excepción del bigote pequeño y bien recortado. Su nariz correcta y sus cejas negras y afiladas daban a su fisonomía un aspecto agradable y regular. Su barbilla era firme, y casi, casi, se salvaba de ser calificado de hermoso a causa de una acentuada depresión de sus mejillas y un cierto aire de severidad siempre perceptible en todo hombre que no ríe con facilidad. A pesar de eso, se le podría juzgar como sujeto *capaz* de producir una risa estruendosa: había posibilidades de suprema alegría en sus ojos solemnes y en la línea desigual de sus labios.

Todos los rostros humanos parecen enviarnos su correspondiente y mudo mensaje: un mensaje que puede hablar bien elocuentemente, por cierto, a aquellas personas que están habituadas a leer en la expresión humana. Anthony Manton denotaba algunas cosas de manera muy abierta y deja otras, en cambio, sujetas al cálculo y la especulación. Era un observador agudo, ansioso y paciente. Existía una perceptible indiferencia, rayando casi en el desprecio, en el rictus de sus labios; inflexibilidad en la firmeza de su poderosa mandíbula; concentración en las líneas perpendiculares de su frente y agudeza intelectual en el rápido y fulgurante aletear de sus párpados.

Él mismo hubiese encontrado serias dificultades para hacer un análisis de su expresión facial; pero, de momen-

to, no estaba seguramente en disposición de intentar ninguna clase de análisis cuando, frívolamente, se avenía a convenir con el mozo, el chico de los periódicos y el cochero, en que «hacía mucho frío».

Su compañero, enmascarado tras la gruesa bufanda de lana que le subía hasta los ojos, no era hombre de muchas palabras. Sus ojos pardos miraban impasibles por debajo de su turbante escarlata y sus gruesas manos morenas estaban hundidas en las profundidades de los bolsillos de su levitón. Los pies los tenía enfundados en toscos calcetines de lana que desaparecían dentro de unas extrañas y descomunales botas.

—¡Eh, Ahmet! —dijo Anthony Manton, volviéndose gravemente hacia el otro y hablándole en el tosco dialecto árabe de la costa—; este es un mundo sin una pizca de confort.

Ahmet ahuesó su voz:

—¡Dios nos proteja! —dijo—. Mi medula está helada y los oídos me duelen como si me hubiesen picado todas las moscas del mundo. Creo que éste es un lugar del demonio y que estoy a punto de ser castigado por todos mis pecados en esta tierra, señor. Nunca he estado en mi vida más apenado que ahora.

Los labios de Anthony se torcieron en una mueca de ironía.

—Sube a este coche —le dijo, siempre en el exótico dialecto—; iremos a un lugar más agradable, me harás una buena taza de café y lograremos un buen fuego y un poco de comodidad.

Cerró la portezuela del coche detrás de su criado y miró a su alrededor con ánimo de despedirse de su compañero de viaje.

Lo divisó entre un grupo de viajeros, pues faltaban sólo dos días para la Navidad, y aún había muchos que, sin avergonzarse por ello, llamaban «su casa» a Bulboro.